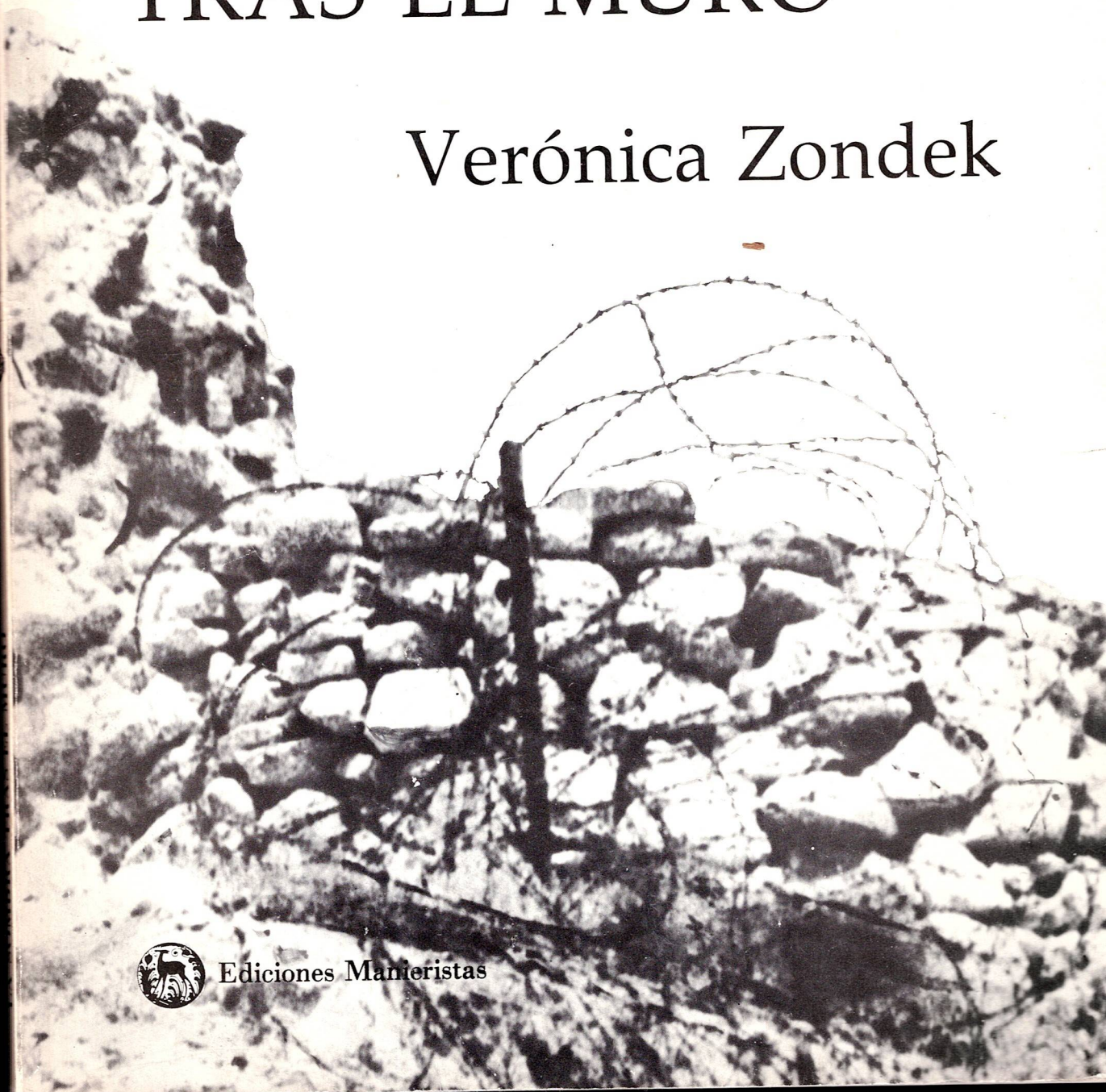


LA SOMBRA TRAS EL MURO

Verónica Zondek



Ediciones Manieristas

PROEMIO

Piedras milenarias, inscripciones de cólera y angustia, rayos en las piedras, piedras, piedras que manan agua de piedad, y el verso de Verónica como un punzón afinado, necesidad irresistible de exploración en un mundo abismal, horada a la vez que ausculta la vida constreñida. Poesía de cristalizaciones que no fluye melódica sino que esculpe el fundamento. El verso, por su propia virtud reveladora, torna traslúcida la densidad de la roca. Imágenes y símbolos irrumpen de golpe en una atmósfera seca, áspera, salada; no hay lirismo exquisito y gracioso, sino expresión tajante, despojada de ton. espectral, hueso de la propia sombra, palabras abruptas, lo cóncavo del idioma, sintaxis rota, ritmo íntimo y mágico. A través del muro, el anhelo asfixiante hacia un dios de espaldas. Piedras hechas polvo, muro sangrante de sombra; y polvo somos en lo temporal de una vida maravillosamente enigmática. Construye el hombre su casa ya derruida al levantarla; también su trincherera porque todo es guerra bajo un casco herrado. Y la historia no es disección sino fuerza que nos impulsa a la trisqueda del mito como apoyo en la sobrevivencia. Bajo un suelo trizado, hecho de puntas metálicas, otro suelo más fértil y maternal. En Verónica la poesía no es verbo deleitoso sino fervor y desvelo, respiración de raíces. Escuadras de aves amenazantes enturbian el cielo; Verónica llora, pero su llanto lava, su llanto amasa el polvo en donde se hunde el pie con liviana suela o con bota avasalladora. Poesía de estructura rigurosa, ósea, concisión meditativa, dramática, sustancial, inmersión sensible e imaginativa en los oscuros y tormentosos extremos de un ser humano colocado frente a su leyenda, a su soledad interior, a su empeño inagotable. Verónica merece toda nuestra atención y reconocimiento; ha elegido un camino arduo que la lleva a una veta rica y primordial.

H. Díaz Casanueva

HUMBERTO DÍAZ-CASANUEVA

© VERONICA ZONDEK
Inscripción N° 63.390
EDICIONES MANIERISTAS

Derechos reservados

Se terminó de imprimir esta 1ª edición
en los talleres de EDITORIAL UNIVERSITARIA
San Francisco 454, Santiago de Chile,
en el mes de noviembre de 1985

Diagramación: *Alejandro Pérez Sáez*
Foto portada: *Herbert Neuschul F.*

IMPRESO EN CHILE / PRINTED IN CHILE

*Desde las aves del cielo hasta las bestias
todas han huido, se han marchado.
Voy a hacer de Jerusalén un montón de piedra
guardada de chacales.*

JEREMÍAS

*Porque tiene dentro la sangre suya
la ha derramado sobre piedra lisa
no la derramó sobre la tierra
para que la cubriese el polvo.*

EZEQUIEL

*Y el más esforzado entre los bravos
huirá desnudo el día aquel.*

AMOS

*Todo está ahí
Y dudo si cantar
o morir.*

ROSAMEL DEL VALLE

I

Todo animal en su piel
yo en la mía.
Todo animal en su sangre
yo en la mía.
Toda piel y su sangre
toda sangre y su terrón
todo terrón y su planta
toda planta y su animal
y todo
pronto a repartir moléculas en rendija de muro.
Crece poco el hombre
su cuerpo inmenso
su mirar sepulto.

Crece la tristeza de su conquista.

Crece trincheras
hambre
espanto volátil
y hay quien perfora esa bala
que balancea triste un cuello joven.

III

Soy casi recuerdo de traje gastado.

Subsisto en seña nimia.
Crezco origen en la ciudad de piedra.
Rastreo el pedazo de mi nombre hasta desnudarlo
y corro el velo de la cordillera ósea.

Mas soy casi recuerdo de traje gastado
y busco bolsillos en la roca.

He de erguir lengua en suelo tibio.

V

Dónde estábamos cuando tembló tierra
y evaporó terrible tu vientre.

Dónde
ahora que deambula el ciego
y roza pelo por atrás
y acecha en la roca.

Dónde.
Hoy habla el monte sólo de aquel día.

Vean
es soberbio el rey que disecciona lento.

Hoy
sedimenta testigos el polvo
y hemos de buscar su huella en estela de saliva
sobre roquerío y muro
ahí
donde la pestaña refleja babas
y el anhelo se convierte en sal.

Y quizás debamos llorar.

Llorar mucho

e inundar la muralla y su risa.

Y lloremos entonces potasio
hasta que el muerto mar nos acaricie a todos
y Seamos cuerpo desinfecto
y sea el astro el que nos derrita culpa
y Seamos cuerpo parpadeante
respiro húmedo
y Sean las tinieblas juego de mantas
y La Sombra nos omita en su vagancia.

Ay qué tremenda ciudad.
Sus rosas tan tiernas y frías
su Hombre parálisis
en flor roja de suelo.

Entre la áspera palabra
maúlla congoja el vuelo del ave.

Ya no cantan pena los hombres.
Solos
pasan el día blandiendo orgullo
y a la noche
vanaglorian proeza.

Me ha contagiado el vuelo del ave.

VI

su risa.

Fue digno principio de sangre.
Luego fue el ojo
 su mano
 su lenguaje
 su pie que erguido reclama el cielo.

Y fue el dios que miró todo.
Tierno
 gimió lluvias
 y los hombres la juntaron
 y el viento
 nos enclavó irisados a poblar la piedra.
Fue entonces asfalto el que tapó rostro
y el vestigio nuestro destiló SILENCIO.
Y fue ella
quien irrigó tentativa el suelo.

Y nutrimos del putrefacto.

Y el dios fue entonces grito ermitaño.
Otras lluvias sermoneó poseído.

Y el hombre fue horror.

Y ya no fuimos sino conglomerado en urna pétrea.

Y lenta murió la tierra hasta apagar todo estruendo.

En las aguas brilla un osario.

XII

Huirán los sufridos allí donde nadie se atreve
donde las aguas exudan muerte
y la tierra
es tumor de gehena.

Porque irán en busca del fin
donde no darán asiento
y nadie volará encandilado de carne.

Porque huirán del volcán
e imprimirán sonrisa obligada en la alameda del templo
hasta ver su propia carne en otro.

Entonces
serán las manos de arcilla un aro célibe en Su garganta.
Y carne será
el austero tufo de la muerte.

XIII

Quise tentar el ángel.

Dejar su mueca
el desperdicio humano
besar un ojo encerrado
tragar su inocencia
mojar su par de labios con tinto salobre
y ordeñar el sopor de su siglo.

Quise inferir sus alas hasta dejarlas puro aliento
y buscarTe.

Quise tanto.

Quise remitirTe cual heraldo medieval
a desplegar ley inscrita
mentira untada
matanza y más orgullo

y Te salté una lágrima.

Quise tocarTe
y decir

Tu sombra me hace esperar tras el muro.

XVII

Hay palpito en la teja.
Hay mártires y gargantas sin fábula
ojo infecto de sentido.

Hay manos sin compañía.

Hay huérfanos.

El sollozo se acuna débil entre los tácitos.

Tiemblan cielos.
Tiemblan estrellas infiltradas.

Un órgano difunde lacónico.

XVIII

Sobras recogí en cesto blando.

Exhumé el circular cráneo
y la quijada.
En cueros estaban ante el sol.
En cueros estaban ante mí
y no pude abrazarlos.

Una estatua en la historia.
Tristeza de vecina
de muertos en hielo.
Tristeza de mecerse al son del tambor.

Fin
y el sueño aborta.

Desciende el hombre de la cumbre
besa carne con suela
mata venganza con hierba
y pudre ríos que intermiten el mirar.

Ahora baila un osario el campo de mis ojos
y enloquecen en la tremenda orgía.

Relucen ventanas.
Los hombres se ven y disfrazan.
Sus sangres se mezclan en cloacas
(puro hueso.
Puro).

La memoria corre en una lápida dispersa.

XX

Gotea el cielo
hasta rozar la queja el tiempo poblado.

Truenan orejas.
Truenan entrañas de lava.

Oscila el feto.
La boca está ávida
 entorpece el sueño.

Hoy
 surge en ojos de otro.

XXIII

En pujante poro terrestre hay muertos que alumbran
y visten orbe con matiz.

El niño acoge una flor
(es su abuelo marchito).
Llora la carne viva.

Esa
la desnuda epopeya del pétalo.